



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

TAREA PROFESIONAL, MISION HUMANA ¹

OSCAR CAEIRO ²

La experiencia diaria enseña la importancia que para el hombre de nuestra época tiene la profesión, la cual —según explica el pedagogo alemán Eduard Spranger— “constituye el contenido esencial de la vida” para la mayoría de la gente (SPRANGER, E. *Psicología de la edad juvenil*, Madrid: Revista de Occidente 1965, p. 247). Este es un fenómeno característico del mundo en el que vivimos, aunque tenemos que aceptarlo como un hecho indudable, que podemos palpar en nosotros mismos, debemos reflexionar sobre su significación.

Acaso muchos de los padecimientos íntimos que se han transformado en infaltables compañeros de la existencia en nuestro tiempo, y que constituyen lo que se llama la angustia, provienen justamente de que sólo concebimos la vida dentro del recinto de una profesión. De pronto sentimos el encierro entre las paredes de la actividad a la que nos hemos dedicado voluntariamente. El médico y pensador español, Pedro Laín Entralgo, recuerda que la palabra “angustia” significa etimológicamente “estrechez” —usamos todavía el adjetivo “angosto”—, y señala que el hombre, cuando está entregado a lo que él llama “una actividad negociosa”, tiene una experiencia de la “angostura” del espacio (LAÍN ENTRALGO, P. *Ocio y trabajo*. Madrid: Revista de Occidente, 1960, 39). Sí, en muchos casos la profesión ha absorbido casi por completo a la vida; pero en lugar de producir ello una satisfacción plena, da origen a una creciente sensación de estrechez: se desearía superar los estrictos límites dentro de los cuales se desarrolla la rutina profesional, parece que más allá de ellos está realmente lo esencial.

¹ Disertación pronunciada en el Acto Académico realizado por la Facultad, el 2 de octubre de 1976, en celebración del “Día de la Odontología”.

² Profesor Titular de Literatura Alemana —Facultad de Filosofía y Humanidades— Universidad Nacional de Córdoba.

Se puede analizar el proceso mediante el cual cada uno llega a su profesión. No hay para qué detenerse mucho para explicar la conveniencia y necesidad, de que se produzca la división o distribución del trabajo. Es uno de los recursos esenciales que la humanidad ha adoptado a fin de lograr el progreso. Ahora bien, frente a esta organización laboral, que podrá sufrir algunos leves cambios, pero en lo esencial seguirá igual, el individuo no sólo tiene que adaptarse sino también realizar su propio ser. Desde su perspectiva el problema tiene características especiales. Podemos tomar un ejemplo de la literatura. Me refiero a una novela en la que Goethe, el clásico escritor alemán, reseñó la evolución del protagonista, llamado Guillermo Meister, a partir de una entusiasta adolescencia dedicada al arte teatral, hasta la decisión final, tomada en plena madurez, de consagrarse a una actividad médica que le permitiera servir al género humano. El tema del relato no consiste en que el personaje pase de una actividad a otra, sino en que el proceso de su maduración se realiza como una toma de conciencia de las posibilidades individuales, como una renuncia a muchas aspiraciones que en el comienzo juvenil parecían plenamente justificadas, pero que luego, con el paso del tiempo y el avance de la vida, han ido perdiendo sentido. En medio de la historia, como hito decisivo en este camino personal, encontramos la idea de que "el hombre es un ser limitado" (GOETHE'S Werke, 10. Ed. E. Loll Nachfolger, Verlagsbuchhandlung, p. 71). Es un acto de modestia imprescindible el reconocerlo, casi una condición de salud. Y, en el pensamiento de Goethe, se trata —puede decirse— de hacer pie en el fondo a veces oscuro del propio yo para poder servir mejor a los otros. Coinciden dos actitudes: renunciar a ciertas actividades o esferas vitales que eran perfectamente posibles; y a la vez, procurar integrarse, mediante el servicio, en la comunidad humana. Un personaje de la novela anota en una especie de diario íntimo las palabras: "Todos los hombres, desde los más tempranos momentos de su vida, se encuentran siempre condicionados, limitados en su posición; primero inconscientemente, después a medias conscientes y, por último, con plena conciencia de ello..." (Ibídem, p. 337). Las limitaciones existen entonces desde el principio; lo que cambia con la edad es el conocimiento que se tiene de ellas. Ahora bien, hay que señalar que el poeta interpreta ese hecho como un signo de que la vida humana es un "misterio" y objeto de una "conducción superior". De ahí que el proceso por medio del cual se van reconociendo los perfiles del condicionamiento en que cada uno se encuentra, no ha de ser entendido como la resignación de un derrotado, que cede al enemigo los fragmentos de su ser que

considera perdidos para siempre, sino como una progresiva aceptación reverente que descubre y reconoce un designio superior.

El ingreso de cada uno en una actividad específica se produce, por ende, siguiendo este camino interior. El propio Goethe advierte que es una marcha insegura, con vacilaciones y errores: se avanza a tientas. Ahora bien, resulta que entonces, de acuerdo con esta manera de ver las cosas, en el fondo de la actitud profesional hay —o debe haber— modestia, renunciamiento, aceptación reverente. Quizá la realidad ofrezca una contradicción chocante. Estamos más bien acostumbrados a buscar y seguir los modelos triunfales. El orgullo profesional es frecuente. Abundan los hombres convencidos de que lo que ellos hacen es lo más importante, y acaso tal convencimiento les sirva para vencer o disimular una secreta flaqueza. En realidad la experiencia humana total es que, aun cuando estamos en el momento —y no es nada más que un momento— del mayor entusiasmo y de la mayor realización, hacemos sólo lo nuestro, y somos incapaces de realizar tantas otras actividades que proliferan alrededor. Esta manera de medirse frente a la totalidad no sólo sirve para una sobria valoración de uno mismo, sino también para percibir que nuestra tarea sólo tiene sentido, su verdadero sentido, si se integra en el conjunto como un permanente acto de humano servicio.

La vida moderna no puede prescindir de este proceso que lleva a los individuos a limitarse en determinada forma de actividad y, además, a hacer progresar tal limitación de modo que el campo de la tarea de cada uno, si se pretende mayor perfección, se va restringiendo más y más. O sea: no sólo aceptamos el hecho de que nuestra existencia se desarrolla en un ámbito con fronteras precisas e inevitables, sino que además nosotros mismos vamos estrechando el cerco cada vez que nos damos cuenta de que si queremos hacer algo bien tenemos que dedicarnos a menos cosas. El pedagogo norteamericano John Dewey ha observado que lo nuevo, lo específicamente moderno, que él llama el “profesionalismo”, no consiste en que la mayoría de los hombres se eduque sólo para hacer una pequeña tarea, porque esto ocurre desde hace mucho tiempo. Se puede recordar el ejemplo de los artesanos medievales, quienes cultivaron conscientemente la dedicación exclusiva a determinados tipos de trabajo. Lo propio de nuestra época es que ese aprendizaje ya no se realiza en el hogar o el taller, sino dentro de instituciones educacionales y en el nivel de lo que se llama “educación superior”, con un fundamento científico (DEWEY, J. La educación de hoy. Bs.As.: Losada 1951, p. 105).

El problema se plantea cuando, por el predominio de la orientación práctica o utilitaria, dentro de las mismas corporaciones que deben su existencia y jerarquía al espíritu científico, se reniega de éste. Diríamos que es el momento en que la profesión moderna ataca lo que constituye su origen, una de las raíces de su dignidad. Ya se sabe que la barbarie moderna no aparece —como por ejemplo se le presentó a Sarmiento en su época— en la total ignorancia, en la ausencia de civilización o de organización, en la vida salvaje de la “campana pastora”; los bárbaros de nuestro tiempo están perfectamente organizados, han recibido instrucción, quizá esmerada; acaso sean profesionales exitosos. Pero, y ahí está la cuestión, sienten por la cultura y por la libertad del espíritu, que es lo que la engendra, un odio tan radical como el que podrían tener los más bestiales hombres primitivos. También el desprecio del ser humano, de su vida o de su dignidad, puede aparecer en un individuo que haya cursado todos los tramos de nuestras instituciones educativas, incluso el superior. En este caso ya no se trata de una mera incapacidad para asimilar los valores culturales, sino de algo mucho más grave: la falta absoluta de comprensión para lo humano. Pero, ¿es posible que este nihilismo anticultural y antihumano surja en personas que, con bastante orgullo, se consideran a sí mismas, y son consideradas por la sociedad, profesionales? Sí, es posible: la experiencia nos lo ha mostrado con un exceso que asusta.

Se trata de un fenómeno general. La mejor prueba de ello se encuentra en las abundantes propuestas con que los pedagogos, y quienes se preocupan por el destino del hombre, han hecho en procura de soluciones, para salvar lo que podríamos llamar la misión humana que implica cada tarea profesional. La cuestión se plantea, por un lado, con carácter estrictamente pedagógico; es decir: ¿cómo preparar a los jóvenes para que sepan ubicar su especialidad en el contexto general humano? Pero también, por otro lado, está el aspecto del profesional que no debe dejar que se extinga esa llama que le ha de dar calor humano y le ha de iluminar el camino. Tratando de resumir es posible destacar, entre las diversas opiniones la insistencia en dos aspectos generales que se refieren a otras tantas dimensiones de la vida profesional que es preciso preparar y cultivar. Las podemos caracterizar como la actitud de servicio al hombre y, en segundo término, una manera libre de enfocar la ciencia que está relacionada con lo que se suele llamar lo “académico”.

Respecto a la primera dimensión, podemos recordar la palabra y el ejemplo de Albert Schweitzer. En él se encarna y adquiere pleno sentido la idea del servicio al ser humano. En su hermoso y alec-

cionador libro autobiográfico *De mi vida y mi pensamiento*, este excepcional humanista de nuestro tiempo expresó que la única manera de conservar y rescatar los valores humanos en la profesión consiste en que cada uno "en su actividad personal, por insignificante que esta sea, llegue a ser hombre para hombres que necesitan de un hombre" (SCHWEITZER, A. *Gesammelte Werke*, Bd. 1. München, Verlag Beck, p. 107). Es de observar cómo, de acuerdo con esto, las tareas limitadas o especializadas a que nos dedicamos en la vida, sólo tienen sentido como una respuesta consciente a las necesidades y requerimientos de los otros.

La vida de Schweitzer fue un ejemplo de que la fuerza interior de la vocación tiene mucho poder. El mismo, además, afirmando su profunda convicción cristiana, reconoció que se había dejado guiar por una de las paradójicas enseñanzas del Evangelio. Citó en efecto el conocido versículo que dice: "Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará" (Mc 8, 35).

Con tales palabras justificó el cambio fundamental de su vida, sobre el cual él mismo informa en un capítulo de su mencionado libro, capítulo que lleva el título: "La decisión de llegar a ser médico en la selva". Refiere allí cómo cuando llegó a la edad de treinta años, decidió estudiar medicina para ejercer dicha profesión en una zona muy pobre y abandonada de Africa. Sólo se puede valorar este acto personal si se tiene en cuenta quién era Albert Schweitzer en el momento en que dio a su vida este rumbo. Hijo de un pastor protestante había recibido una esmerada educación, al cabo de la cual se había doctorado en teología; pronto fue profesor de una universidad europea y publicó un libro sobre la materia. Además, a la par de esta actividad, se había dedicado a la música y llegó a ser un virtuoso organista. A los treinta años podía sentirse, como teólogo y músico, triunfante, o, según se suele decir ahora, "realizado". Pero, en su opinión, y de acuerdo con las misteriosas palabras evangélicas que hemos citado y él tenía bien presentes en la mente, le faltaba algo. Su anhelo vital sólo podría colmarse realmente cuando él se pusiera en lo que llamaba "un servicio puramente humano" (Ibíd., p. 102). De ahí que, a una edad relativamente avanzada para ello, empezara a estudiar medicina. Por una revista de una organización misionera cristiana se había enterado de que en una zona de Africa ecuatorial necesitaban de un profesional de esa especialidad.

Así es como Schweitzer dio su vida; y también se cumplió en él la segunda parte de la extraña sentencia; es decir: salvó su vida. No sólo porque pudo realizar lo que se había propuesto, lo que su voca-

ción le dictaba; sino también porque su tarea de médico en el continente africano no le impidió seguir desarrollando los estudios teológicos y cultivar la música —aunque es de imaginarse el sacrificio que le hubo de requerir su múltiple actividad realizada empeñosamente hasta la ancianidad.

Schweitzer es un caso extremo: un hombre excepcional en el cual la profesión tuvo también carácter excepcional. El mismo reconoce, al reflexionar sobre su vida, que la mayoría de la gente, aun a veces contra su voluntad, se ve obligada “para mantener su existencia o adquirir significación social, a tener como oficio un trabajo más o menos sin alma” (Ibídem, p. 107). Sólo muy pocos tienen posibilidad, como la tuvo él, de emprender lo que llama un “libre servicio personal”. Pero esto no quiere decir, aclara, que el hombre común tenga que resignarse a ser una simple máquina humana, para quien las personas no existen y que tampoco él mismo cuenta como tal. A este respecto sus palabras son precisas: “. . . nadie se encuentra en la situación de no tener oportunidad de darse de alguna manera como ser humano” (Ibídem, p. 107). Se requiere por cierto que la sociedad sepa respetar “los derechos de la personalidad humana”; pero también que cada uno, aun en medio de las circunstancias más desfavorables “procure afirmarse como personalidad humana mediante la acción espiritual” (Ibídem, p. 107).

Este es el mensaje que el famoso filántropo, artista, teólogo alsaciano nos deja. Formar profesionales quiere decir, por lo tanto, preparar a los jóvenes para un servicio que, aunque tiene que ser lo más eficiente posible, no recibe su dignidad del brillo triunfal que envuelve fugazmente a las grandes realizaciones de la destreza o de la inteligencia humanas, sino de que es hecho en base a un sacrificio voluntario y para ayudar a otros a superar defectos o carencias. Es notable que Schweitzer no sea pesimista; cree que la bondad y el idealismo corren como ríos subterráneos en las entrañas de la humanidad; y que ésta necesita de quienes sean capaces de llevar el agua desde la profundidad a la superficie (Ibídem, 108). Así induce a pensar que si el espíritu de servicio nos parece tan raro, ello se debe no a que los hombres sean naturalmente contrarios a él, sino a que no se ha sabido suscitarlo.

Ahora bien, la lucha contra la deshumanización profesional se orienta, por parte de muchos pensadores y pedagogos, en el esfuerzo por salvar lo que podemos llamar la actitud académica. ¿Qué quiere decir esto? Todavía utilizamos el adjetivo “académico” para ciertos actos e instituciones que pertenecen al ámbito universitario. Pero no es seguro que esta palabra tenga un significado importante en el

uso común; a lo más sugiere cierta solemnidad quizá ya pasada de moda.

Sabido es que proviene del nombre que los griegos, desde el siglo IV antes de Cristo, dieron a la escuela de Platón, nombre enteramente casual, que surgió debido a que el filósofo se reunía con sus discípulos en un bosquecillo situado en las afueras de Atenas y dedicado a un héroe de la ciudad llamado Academos: de ahí, entonces, la Academia. El problema consiste en saber si hay alguna relación entre esa antigua escuela filosófica y la institución que modernamente llamamos universidad. Josef Pieper, un teólogo católico alemán, que escribió hace algunas décadas un trabajo sobre el tema, responde afirmativamente. Más aún, sostiene que "la Escuela platónica siempre ha sido entendida y propuesta como obligado modelo de nuestras escuelas superiores" (PIEPER, J. El ocio y la vida intelectual. Madrid: Rialp 1962, p. 176). Lo académico, entonces, no sólo nos lleva al origen histórico de la institución universitaria, sino también a su esencia.

¿Y cuál es ésta? Según el mismo pensador, como la Academia de Platón era una escuela filosófica, entonces lo académico es lo filosófico, y aclara más diciendo: lo "teórico" (Ibídem, pp. 178-179). Para explicar el concepto acude Pieper a un pensamiento de Santo Tomás de Aquino, quien considera que "el fin del saber teórico es la verdad; el fin del saber práctico es la acción" (Ibídem, p. 179). Si nos detenemos a reflexionar un instante nos encontraremos probablemente de nuevo ante una contradicción; diríamos que en nuestras universidades, en nuestras escuelas superiores, se enseña fundamentalmente un saber práctico. En la Facultad de Filosofía, por ejemplo, se forman los futuros profesores de humanidades a quienes se prepara para realizar, por lo tanto, una forma concreta de acción. Y este ejemplo se refiere a la facultad que lleva el nombre de la filosofía; respecto a la mayoría de las otras parece todavía más claro que lo único que se trasmite es "saber práctico". Y pensamos también que la misma palabra teoría está muy desprestigiada: nos hace pensar en una mera construcción verbal que no tiene fundamento en la realidad, es casi sinónima de charlatanería inteligente o elegante. Pero resulta que lo académico, el espíritu universitario por antonomasia, consiste justamente en el "saber teórico" cuyo único fin es la "verdad".

La clave del problema es que, como explica Pieper, se traten las ciencias "de modo académico, es decir, filosófico" (Ibídem, 188), haciendo de ellas una consideración "libre de cualquier fin utilitario" (Ibídem, 186). La universidad tiene que dar lugar en su recinto al

estudio libre y desinteresado de la verdad en sus distintas manifestaciones. Y adviértase que, como explica el autor mencionado, no se trata de ampliar lo que se suele llamar cultura general —que tiene por supuesto su importancia desde otro punto de vista—, sino de cultivar esa búsqueda que no se propone encontrar algo útil o aprovechable, sino penetrar en el ser de las cosas. Es el trabajo del químico que estudia las sustancias, o el del biólogo que quiere reconocer las intimidades de la vida celular, o el del lingüista que analiza el lenguaje... ¿Para qué? Sólo para saber cómo son esos sectores del ser. Cuando se habla entonces de lo académico hay que tener conciencia de que implícitamente se reconoce la legitimidad de esa sed esencial e ilimitada del espíritu humano que lo impulsa a investigar, a buscar la verdad; hay que tener conciencia de que se hace una profesión de fe en valores que están por encima de lo útil y lo práctico. La Academia es el ámbito en el que el filósofo medita siguiendo las leyes de su propio pensamiento, y no otras; es el espacio en el que el investigador científico emprende la apasionada cacería que lo lleva tras las pistas de sus hipótesis.

Pero parecería que esto no tiene ya nada que ver con la profesión. Y no es así porque —una vez más cito a Pieper— “la misma formación profesional —en toda auténtica Universidad— debiera ser académica” (Ibídem, p. 183). El joven ha de ser iniciado no solamente en los secretos del saber práctico, sino también en los del teórico. Porque éste, de alguna manera, es siempre la raíz de aquél, es como el manantial que lo mantiene con vida. Y el profesional ya formado y activo debe conservar esa mínima chispa de espíritu científico que, aunque sea en fugaces intervalos, encienda en él interés por la investigación, por el ansia de penetrar en algunos de los tantos misterios con que su propia tarea lo pone en contacto.

Es notable cómo coinciden, respecto a este otro requisito para la dignificación profesional, pedagogos y pensadores que abordan la cuestión desde distintas perspectivas. John Dewey, por ejemplo, el norteamericano, no obstante su conocido pragmatismo, destaca las ventajas de que se introduzcan “en la enseñanza profesional el espíritu científico de investigar y el amor por el pensamiento” (DEWEY, J. op. cit., p. 107), hasta forja el ideal de lo que denomina “el profesional aficionado” (Ibídem, p. 108), que sería el capaz de unir la hábil realización de la tarea específica con la amplitud y la libertad de pensamiento propias del científico. El matemático y filósofo inglés, Alfred N. Whitehead, también poco propenso a hacer concesiones a cualquier divagación cultural, insiste en que se debe “dar al discípulo una técnica, una ciencia, un conjunto de ideas generales

y apreciación estética” (WHITEHEAD, A. N. Los fines de la educación. Buenos Aires, Paidós 1965, p. 80), encarece la importancia de lo que llama “el arte de pensar”, que da “fertilidad de pensamiento” y “la facultad de estimar rápidamente el valor de otros conocimientos” (Ibídem, p. 86), o sea al menos una mínima apertura por medio de la cual la mente puede captar lo que es distinto de la propia ciencia, de la propia rutina.

Pero no necesitamos ir lejos para buscar una expresión cabal del espíritu académico, del espíritu científico. Se puede evocar la figura ejemplar de Bernardo Houssay, sabio argentino que no sólo se destacó por los valiosos resultados de sus investigaciones, sino también por su incansable tarea a favor de la ciencia. En una etapa de su vida fue perseguido —casi en el mismo tiempo en que, paradójicamente, le llegó el máximo reconocimiento del extranjero—; pero no se desvió de su vocación científica y permaneció, aunque excluido de los favores oficiales, al servicio de la nación. Después pudo realizar una obra sin precedentes en nuestro país, cuando el presidente Aramburu le encargó la creación y dirección del Consejo Nacional de Investigaciones . . . No es necesario sin embargo relatar su vida; más importa en este momento recordar algunos aspectos de su pensamiento, sobriamente expresado en su librito sobre la investigación científica.

Houssay insiste en la importancia de la investigación fundamental, de la ciencia pura. Casi obsesivamente, con énfasis pedagógico, advierte sobre ello (HOUSSAY, B. La investigación científica. Buenos Aires. Columba 1960, p. 20). Se basa en el clásico ejemplo de Pasteur, quien partiendo del estudio de la asimetría de los cristales y las fermentaciones, llegó a demostrar el origen infeccioso de muchas enfermedades” (Ibídem, p. 7). Es decir, llama la atención sobre el hecho de que aun la investigación aparentemente más inútil puede abrir perspectivas incalculablemente grandes para mejorar las condiciones de vida del género humano.

Ahora bien, al explicar las condiciones en que se desarrolla ese tipo de tarea, insiste Houssay en la importancia de que se respete la libertad. Dice lo siguiente: “La investigación científica consiste en un examen incesante de los problemas, sin otro límite que la demostración de la verdad, independientemente de los dogmas religiosos, políticos o de otra clase. Exige la libertad de investigación, de expresión y de discusión” (Ibídem, pp. 17-18). Es de notar cómo caracteriza la búsqueda emprendida por el hombre de ciencia de acuerdo con el fin supremo de la verdad, que tiene para él validez definitiva. Además da un papel central a la actitud de “examen incesante”, de

análisis, que responde al hecho general de que el hombre no acaba nunca de satisfacerse con las explicaciones mediante las cuales se configura una interpretación de la realidad, de modo que busca una y otra vez penetrar de nuevo en ella. Y en las palabras de Houssay se puede reconocer el papel decisivo que, a su entender, tiene la posibilidad de que el científico realice con libertad su búsqueda, y pueda expresar y discutir libremente los resultados a que haya llegado.

Pero, de acuerdo con lo que dice el científico argentino, esa libertad se desarrolla dentro de los límites que imponen determinados deberes. La libertad de la ciencia no quiere decir que ésta deba desentenderse del problema moral; al contrario, Houssay señala que el hombre dedicado a ella ha de "procurar que sus descubrimientos se empleen sólo para el bien y no para el mal" (Ibídem, p. 22); el auténtico científico tiene, pues, sin renunciar a su libre búsqueda, un compromiso con la humanidad, con los valores materiales y espirituales. En este punto coincide con aquellos que, como Albert Schweitzer, orientan su actividad hacia el servicio al hombre.

El espíritu académico, como hemos señalado, importa para la formación del profesional; pero también tiene que mantenerse vivo en la actividad de éste. A veces se habla todavía de las "profesiones liberales", y se alude así a la antigua distinción entre las "artes serviles" y las "liberales". Esta última palabra, justamente, todavía adherida casi como un vestigio arcaico a la profesión, indica que ésta, paradójicamente, aun en plena función utilitaria, debe conservar algo de esa pura orientación hacia el saber que en la Edad Media se consideraba propia de las "artes libres". La profesión es liberal no sólo porque puede desarrollarse fuera de cualquier estructura administrativa o laboral —posibilidad que paulatinamente va desapareciendo—, sino también, y principalmente, porque implica el servicio realizado libremente a una persona que también con libertad lo ha requerido. Así debe perdurar en la actividad diaria el libre espíritu académico que acaso transmitió, como debía, la universidad.

Bien, en estas reflexiones sobre la profesión como tarea y misión humana, he tratado de recordar y comentar conceptos expresados por autores que han considerado detenidamente el tema. Uno llega a la conclusión de que, más que descubrir valores nuevos, se rescatan, en algunos casos de un pasado remoto, los que han sido olvidados o desgastados por la rutina. Además, como se trata de un aspecto de la vida, correspondía no sólo exponer ideas, sino, además, proponer ejemplos concretos que pudieran hablar con el mudo lenguaje de las vidas realizadas. Pensé en esos dos hombres: Albert

Schweitzer y Bernardo Houssay; porque creo que, fuera de haber mostrado con su ejemplo lo que debe ser la actividad profesional, humana, representan principios intelectuales y morales que están activos en nuestro mundo y cuya subsistencia, acaso amenazada, depende de nosotros.

CONTENIDO	PAGINAS
Introducción	1
Historia y Evolución	15
La Odontología en el Uruguay	25
La Odontología en el Uruguay	35
La Odontología en el Uruguay	45
La Odontología en el Uruguay	55
La Odontología en el Uruguay	65
La Odontología en el Uruguay	75
La Odontología en el Uruguay	85
La Odontología en el Uruguay	95
La Odontología en el Uruguay	105
La Odontología en el Uruguay	115
La Odontología en el Uruguay	125
La Odontología en el Uruguay	135
La Odontología en el Uruguay	145
La Odontología en el Uruguay	155
La Odontología en el Uruguay	165
La Odontología en el Uruguay	175
La Odontología en el Uruguay	185
La Odontología en el Uruguay	195
La Odontología en el Uruguay	205
La Odontología en el Uruguay	215
La Odontología en el Uruguay	225
La Odontología en el Uruguay	235
La Odontología en el Uruguay	245
La Odontología en el Uruguay	255
La Odontología en el Uruguay	265
La Odontología en el Uruguay	275
La Odontología en el Uruguay	285
La Odontología en el Uruguay	295
La Odontología en el Uruguay	305
La Odontología en el Uruguay	315
La Odontología en el Uruguay	325
La Odontología en el Uruguay	335
La Odontología en el Uruguay	345
La Odontología en el Uruguay	355
La Odontología en el Uruguay	365
La Odontología en el Uruguay	375
La Odontología en el Uruguay	385
La Odontología en el Uruguay	395
La Odontología en el Uruguay	405
La Odontología en el Uruguay	415
La Odontología en el Uruguay	425
La Odontología en el Uruguay	435
La Odontología en el Uruguay	445
La Odontología en el Uruguay	455
La Odontología en el Uruguay	465
La Odontología en el Uruguay	475
La Odontología en el Uruguay	485
La Odontología en el Uruguay	495
La Odontología en el Uruguay	505